

# Marín Cañas, periodista y escritor

A José Marín Cañas le tenemos respeto, porque es un hombre de letras que vale mucho, como periodista, como escritor y como conversador. Es el contertulio por excelencia, que sabe prodigar su ingenio y su cultura de una manera suelta y amable, como ha de ser en quienes derraman sus conocimientos con un estilo espontáneo y natural.

Como diarista, tiene un brillante historial hecho en Costa Rica, que se resume en uno de los premios de periodismo mejor discernidos. Además, es Premio Nacional de Literatura, porque su noveística significó un hito en el quehacer literario de esta nación. Su labor redondeada a través de una tarea militante cumplida con pasión creadora y con amor, le sitúa en posición señera que bien merece porque sólo con la disciplina desgarrante del buen escritor, es posible la elevación a regiones superiores. Marín Cañas llegó a una altura que se ganó con su esfuerzo tenaz y con la lucidez de su intelecto.

Hay otra visión de Marín Cañas. Don José —y le decimos “don” con el sentido español que involucra un respeto especial—, se ha destacado durante tres años como profesor en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Costa Rica. Allí sus alumnos aprendieron a quererlo y a estimarlo, por el atractivo destellante de su verbo contradictoriamente apasionado —razón de su capacidad de conquista intelectual— y por el gracejo y la profundidad de sus saberes, como periodista de toda la vida y como soldado valiente en la vieja historia de un diarismo na-

cional, cuando marchar en estas filas era auténtico sinónimo de una vocación poderosísima que trasuntaba el trabajo fuerte por la poca paga, que constituía el pan nuestro de cada día.

Por alguna mala interpretación o por errores de procedimiento que estamos seguros nadie ha querido cometer en su perjuicio, se deduce que el señor Marín Cañas no podría sustentar su cátedra de periodismo el año entrante. Y si eso se concreta, quienes perderían serían los estudiantes, la Escuela, la Universidad y sus compañeros profesores en ese centro de cultura, entre los cuales, inmerecidamente, estamos nosotros.

En la Escuela de Periodismo todos tenemos aprecio y respeto por el señor Marín Cañas. Mas no sólo por él en lo personal; sino por él en su condición de intelectual vigoroso, rebelde con causa, firme en sus ideas, reatado con convicción a sus postulados vitales, éticos y profesionales, sin importarle quiénes no los compartan o los rechacen, ya que es un hombre de este siglo opuesto a los dislates o a las cosas no tan malas de un presente que él ve a veces con ojos de crítico absoluto, para levantar camorra, polémica, disgusto o solidaridad, que poco le preocupan por la medida con que él se ha hecho su mundo propio, único, al margen de los preconceptos, de los prejuicios, de los juicios comunes, para los cuales no vive ya que lo desviven y los

repudia.

Dejar de tener al señor Marín Cañas como profesor de la Escuela de Periodismo, sería como mutilar a la institución, y esto nadie lo pretende.

Si hubo equívocos, fallas de procedimiento o errores desde que se entiende que se le hizo a un lado, ellos son fácilmente subsanables y lo serán para beneficio de la Universidad.

La Escuela de Periodismo se ha ido convirtiendo en un pequeño fuerte dentro de los predios universitarios. La Escuela es nueva por reciente; pero alumnos, directores y profesores, fueron los que sentaron las bases de esa realidad presente que ya nos va enorgulleciendo, a pesar de que hay mucho por hacer todavía, lo que ha de alegrarnos en la proporción en que esa conciencia existe y es parte de la ambición de perfeccionar a la Escuela.

Don José Marín Cañas tendrá que seguir siendo elemento coadyuvador en la cristalización de las metas legítimas que los estudiantes y los profesores se han impuesto en ese centro educativo. Y no tiene por qué irse, ni nadie lo desea ausente, de lo cual ha de estar cierto el distinguido colega, de quien se puede hablar en estos términos a través de una columna periodística, en razón de que él es una institución de las letras patrias, al tiempo que constituye una viga maestra de la Escuela.

JULIO SUÑOL.